

EL ESTADO DE LAS PRISIONES, DE LOS HOSPITALES Y DE LAS CÁRCELES EN EUROPA DEL SIGLO XVIII

JOHN HOWARD

Capítulo IV

(Parte sexta)

Trad. Silvia Susana Naciff

BEIRUT

Todos los prisioneros de la casa de corrección de esta ciudad francófona trabajan el mármol que se extrae de las montañas vecinas. Trabajan, alrededor del banco de pulido, dos personas por cada placa. Otros realizan trabajos de acabado, acomodan o cortan las placas. Otros cortan las pruebas o las muestras con una sierra circular, algunos confeccionan tabaqueras para rapé, cajas para tabaco molido, etc. Los objetos terminados se acomodan en un gran depósito. Traje conmigo varios objetos de mármol. Durante el verano, la mayor parte de los prisioneros cortan el mármol al aire libre, pero en invierno trabajan encerrados en las salas pues la menor lluvia podría estropear el material e impediría, hipotéticamente, utilizar las sierras. El aspecto enfermo de los prisioneros, es el fiel testimonio de la dureza de ese trabajo y los pocos recursos que les proporciona, todos los beneficios son acaparados por el guardia.

Mi amigo y colega, el difunto Dr. Fothergill, presentó un proyecto para nuestros condenados en el cual esperaba el oro y el moro. Nos reportaremos a la Gazetter del 30 de septiembre de 1776.

Las mujeres hilaban la lana para los tejidos. Su destino es preocupante: la suciedad de sus cuartos, el aspecto enfermo, las enfermedades de la piel de las que ellas se quejaban, todo testimonia la falta de interés y de cuidados de las que son objeto¹.

1 Tengo en mis manos el reglamento de la casa. ¿Pero cuál puede ser el interés de las buenas reglas cuando no se aplican? Sin embargo puede resultar útil tener una idea de ellas, las disposiciones en cuestión parecen haber sido muy estudiadas. El reglamento recuerda que los dos sexos deben estar separados, al igual que los «honestos» y los «infames». El capítulo siguiente trata de los MEDIOS DE CORRECCIÓN en tres aspectos. 1. Instrucción religiosa. Los deberes del capellán están bien especificados: lee las plegarias dos veces al día, da el sermón y el catecismo el domingo y distribuye, en ese momento, las más fervientes y solemnes exhortaciones. 2. Trabajo. El ocio es considerado como el origen de casi todos los vicios, el acento se pone en el trabajo al que están obligados a realizar todos los prisioneros. Ya señalé en el texto la naturaleza de esos trabajos, pero una observación sobre el reglamento me parece oportuno citar: «es necesario encontrar un tipo de trabajo que deban realizar los individuos no aptos para las ocupaciones comunes, mover una rueda, por ejemplo, ejercicio que realizan aún los ciegos». 3. Punciones a los rebeldes. Todo un capítulo trata de la alimentación, de las vestimentas y de la limpieza. La ración diaria es de dos libras de buen pan,

WURTZBOURG

En la casa de corrección de la ciudad se encontraban cincuenta y cuatro hombres y treinta y seis mujeres que trabajan todos en manufactura de la lana, muy bien organizada. Una parte de la casa está reservada al hilado, otra a la clasificación y al cardado y la última al tejido de telas de gran tamaño para el armado, trozos de medias y chalecos. Los tornos son más grandes que los nuestros, tienen cuatro pies de diámetro, al igual que los elementos para tejer que tienen seis pies siete pulgadas de ancho, manejados por dos hombres: se los encuentra en todas las casas de este tipo. El contratista (todos los establecimientos tienen un contratista) me acompañó al comercio, allí me mostró los distintos tipos de tela: para los suboficiales, para la gente de la artillería, para los soldados y para el hospital y el asilo de pobres. Las mujeres, en un amplio taller, se ocupaban en tejer o cardar. Los productos de hilado son diversos, además los armarios individuales están dispuestos en una habitación contigua en la que cada mujer deposita el producto de su trabajo. La tarea impuesta a cada individuo es de ocho kreutzers (tres peniques y medio) diarios. La casa tiene una capilla católica romana, el padre se aloja en el interior de la misma. El establecimiento recibe a los prisioneros católicos de distintas regiones, a los prisioneros de otras religiones se los envía a Beirut.

PRAGA

Las dos prisiones de Praga no tienen nada especial. Los prisioneros de la «cárcel» trabajan fuera de la misma, vigilados por un carcelero: cortan madera, etc. Por un salario de doce kreutzers diarios², salario inferior al de los jornaleros. De los doce kreutzers los prisioneros sólo reciben cuatro, el resto queda para la prisión. Los prisioneros llevan cadenas en una o las dos piernas, teniendo en cuenta la fecha de liberación.

VIENA

En el año 1778, visité todas las prisiones de Viena y la mayor parte de los hospitales. Las prisiones son viejas construcciones que no presentan ningún interés en especial.

El frontón de la gran prisión, «La casa del Verdugo» está ornamentada con una representación importante de la verdad de la crucifixión de nuestro Salvador, rodeada por dos ladrones sobre el Calvario. La prisión es además importante por el número de celdas subterráneas que posee.

en la cena se sirven alimentos calientes. La carne sólo se distribuye los días de fiesta. Los enfermos reciben un suplemento de pfennigs (moneda alemana). El dinero se le entrega al guardia que compra las provisiones. La falta de limpieza, se afirma, no es sólo responsable de las enfermedades del cuerpo sino también del alma que corrompe y degrada.

² 1 kreutzer= alrededor de medio penique.

Me sentí preocupado, aquí como en otros lados, por saber si la fiebre de las prisiones hacía estragos entre los prisioneros, a mi pregunta me respondieron negativamente. Creo, sin embargo, que uno de los prisioneros que encontré en el fondo de una celda oscura, a la que accedí descendiendo una escalera de veinticuatro escalones, estaba atacado por la fiebre. Se encontraba con hierros pesados y atado a la pared con una cadena: la miseria y la angustia se reflejaban en su rostro maculado por lágrimas secas. Fue incapaz de hablarme; examiné su pecho y sus pies buscando bubones y manchas, su pulso era intermitente pero firme, me convencí de que no tenía la fiebre de las prisiones. Un prisionero, de una celda vecina, me dijo que la pobre criatura le pidió que reclamara ayuda, lo había hecho pero nadie escuchó: esto refleja una de las más lamentables consecuencias de las celdas subterráneas.

En la casa de corrección había sesenta y nueve hombres y ciento cuarenta mujeres. Las mujeres cardan, hilan y tejen. Estuve allí un lunes por la mañana cuando entregaban el trabajo de toda la semana, antes de abonar lo pesaban. Ellas reciben todo el producto de su trabajo, algunas ganan hasta veintiséis kreutzers, otras, mucho menos. El guardia escribe el nombre de cada prisionera sobre los trabajos, les paga lo que corresponde, luego pesa y distribuye el algodón crudo; cada mujer toma el algodón que piensa que podrá trabajar en el curso de la semana³. Para la cena se llevan grandes ollas con sopa y cerveza que cada prisionero compra los víveres, según sus necesidades y según sus medios.

La prisión estaba superpoblada; además no fue concebida para ese destino⁴. Los hombres cardaban e hilaban en varias salas, algunos, cuya profesión era sastre, en una habitación separada, fabricaban uniformes para los soldados, otros en ocho bastidores tejían telas gruesas y los restantes, fabricaban gruesos cobertores para ser entregados en los conventos. En dos habitaciones que hacían las veces de salones de venta, se encontraban depositadas las telas, las medias, los cobertores, etc. que habían sido fabricados en la casa y destinados a la venta. Observé, durante mis visitas, que los prisioneros blanqueaban toda la casa con cal⁵. En la capilla, los hombres y las mujeres permanecen estrictamente separados. Aquí como en Praga y en algunas ciudades alemanas, las puertas están construidas con hierro para permitir la circulación de aire, tan saludable y tan necesario en el interior de las prisiones. Por el contrario, la ropa de cama de los prisioneros no se tenía en cuenta, no tenían, por ejemplo, cubrecamas.

³ Los días feriados, cuando se suspenden todas las actividades, los prisioneros reciben cuatro o cinco kreutzers de comida.

⁴ Una o dos mujeres gritaban muy fuerte, acusaban a las otras de haberse levantado por la noche y de haberles robado parte de su trabajo. Quien las vigilaba no me ocultó que esas quejas podían ser justas, pero, me dijo, ese tipo de fraudes resultaban inevitables desde hacía mucho tiempo, el tiempo en que las mujeres trabajan y vivían en común.

⁵ Las casas de corrección alemanas y austriacas son blanqueadas con cal una o dos veces al año. Casi siempre pregunté al respecto, una disposición de la última ley inglesa para la preservación de la salud de los prisioneros hace obligatoria esta práctica.

Las prisiones de la ciudad no representan nada importante, sin embargo, los indigentes, los ancianos y los enfermos reciben todo el honor de los ciudadanos en general y de la difunta Emperatriz en particular.

El hospicio, ubicado en los barrios periféricos, está construido alrededor de tres patios. La fachada de este imponente inmueble mide seiscientos treinta y siete pies de largo. En su interior viven nos tres mil pensionistas incluidos los inválidos del ejército. Allí se respira orden, limpieza y salubridad. La pobreza, el rigor de los años se viven en mejores condiciones. Allí encontré un número importante de septuagenarios y octogenarios. Muchos se ocupan de hilar como un entretenimiento ya que la totalidad del producido se les entrega a ellos.

Los «Hermanos de la Caridad» reciben a los enfermos en su convento y disponen también de un pabellón aireado y funcional, rodeado de jardines a los que envían a los convalecientes: los dos dormitorios, que se encuentran en el piso superior tienen catorce camas cada uno.

Un hombre está cargo, desde su fundación, del hospital de niños expósitos; a quien vi muy ocupado en mejorar una obra realmente admirable. Los varones duermen en quinientas treinta y nueve camas, las niñas en doscientas cuarenta y un camas dispuestas en ocho dormitorios comunes. La fachada del edificio mide seiscientos sesenta y dos pies de largo.

Las paredes del gran hospicio, de la mayoría de las prisiones y de los principales edificios públicos poseen bóvedas en piedra o en ladrillo para alejar o limitar los riesgos de incendio: recordé, mientras subía las escaleras o recorría los pisos de madera, tantas otras prisiones y hospitales.

No dejaré Viena sin señalar que mensualmente se exhibe en las puertas de la ciudad el precio del pan y de la harina⁶.

⁶ Los precios están impuestos por una ley del 1 de julio de 1778. Comprende siete clases de pan. Una libra del mejor pan cuesta exactamente, de acuerdo con mis propios cálculos, un penique y medio. Por un penique se compra una libra y seis onzas de pan de segunda calidad. El pan de centeno, de menor calidad es más económico. En Dresde, por una gruesa (siete farthings) se compran dieciocho onzas de pan blanco, dos libras de pan de casero, dos libras y once onzas y medio de pan de centeno. El panadero de Viena que intente cometer fraude será penado severamente y deshonorado en el «trampolín»: este instrumento de tortura se compone de una larga plancha o de percha, sujeta a orillas del Danubio, y termina con una especie de panera en la que el delincuente es encerrado antes de ser sumergido en el agua. Los panaderos estarían realmente contentos si este aparato desapareciese, pero los magistrados permanecen imperturbables en el momento de condenar a los delincuentes al «trampolín».

GRATZ

Los prisioneros de la casa de corrección de esta ciudad, capital de Styrie, tienen mejor aspecto que los de la ciudad de Viena. Poseen una buena ropa de cama y los guardias vigilan que antes de acostarse se saquen las vestimentas.

LAUBACH

Voy a omitir señalar las particularidades de la prisión de esta ciudad.

TRIESTE

La prisión cuenta de ocho o diez habitaciones confinadas e insalubres que sólo cuentan con una pequeña ventana. El rostro enfermo de los diecinueve prisioneros que encontré testimonia su condición miserable y la negligencia de los magistrados y guardias.

Los ochenta y cinco condenados a trabajos forzados, encerrados en el castillo, me parecieron, por el contrario, en perfecto estado de salud. Están encerrados por tres, cinco, siete, catorce años y más; trabajan en las rutas, en el puerto, etc. Algunos se ocupan de limpiar el puerto en una gran chalana amarrada justo debajo de mi habitación⁷. Seis soldados vigilaban a los condenados. El trabajo se realizaba a un ritmo normal, entre las cinco de la mañana y las seis de la tarde, haciendo una pausa desde las once a la una, y, algunas veces se hacía una pausa de una media hora al finalizar el día. Los condenados están limpios, robustos y respiran salud, trabajan con entusiasmo, cada uno recibe una gratificación suplementaria de tres farthings por día. Una pequeña cadena en una de las piernas los distingue de los otros trabajadores. Reciben un pan de dos libras y media y cuatro farthings de alimento diarios. Los vi responder al llamado y recibir su paga antes de regresar al castillo. El pan es apetecible y excelente; la disciplina es estricta pero son tratados humanitariamente: la comida es buena, la vestimenta confortable (el equipo que se les entrega está compuesto de dos camisas, dos pares de medias, etc.), duermen en buenas camas provistas de cobertores (Cf. Supra), dispuestas en grandes habitaciones, bien aireadas con ventanas, enfrentadas, están muy lejos de las celdas subterráneas y mugrientas excavaciones de las fortificaciones, patrimonio de tantas otras prisiones.

⁷ Dos ruedas estaban fijadas a la chalana, una para excavar el limo y la otra para levantarlo, diez hombres permanecían en el interior para hacerla rodar. El limo se cargaba inmediatamente en una segunda chalana al mando del contramaestre. Tres o cuatro veces al día, un soldado armado con un fusil, acompañaba a un condenado que iba a buscar una cubeta con agua fresca; al regresar daba a los condenados a trabajos forzados, que se encontraban encerrados en las ruedas, de beber un trago de agua. Una vela del mástil de la segunda chalana se encontraba desplegada para dar un poco de sombra a los trabajadores ya que mi termómetro marcaba una temperatura de 85 grados F.

COLONIA

En la Torre no se encontraban ni prisioneros por deudas ni condenados a muerte. Los magistrados de esta ciudad, único caso en Alemania, no aceptan ver encerrados a los deudores insolventes. Por otra parte, no son capaces de hacer ejecutar a los criminales: cuando existe una sentencia de este tenor, se conduce al condenado a muerte frente al Oficial Elector quien se encargará de asegurar la vigilancia del criminal en una celda acondicionada en su propia casa, puedo asegurar que esto ya ocurría durante mi viaje anterior, seis años atrás.

Como sucede en Francfort, los hombres, en la casa de corrección, trabajan moliendo la piedra, ayudados de pequeños mazos de madera. Las mujeres hilan o tejen medias.

AIX-LA-CHAPELLE

La gran prisión más estaba desabitada.

En la casa de detención, cercana a la municipalidad, sólo tenía dos prisioneros, uno de ellos era un anciano canónico que llevaba hierros en una mano, acusado de un crimen por el que ya había sido sometido dos veces a torturas, para que de los nombres de sus cómplices.

Las ejecuciones capitales son muy raras en esta ciudad⁸. A los condenados se los ejecuta, decapitándolos con una pesada espada como en Hamburgo, Berna, etc., y no con una máquina, como en algunas ciudades italianas, o con un hacha como, por ejemplo, en Inglaterra y en Dinamarca.

LIEGE

Las dos prisiones, llamadas la vieja y la nueva, se encuentran sobre fortificaciones, cercanas a «La Puerta de St. Léonard». En la prisión vieja, pude ver seis jaulas rodeadas de hierro dispuestas en dos habitaciones, cuatro estaban vacías. (Esas jaulas miden siete pies por seis pies nueve pulgadas y seis pies y medio de alto, poseen una abertura de seis pulgadas cuadradas a los lados para que pase el alimento al prisionero) Pensé haber alcanzado los límites del horror, pero iba a encontrar algo aún peor. Descendiendo las escaleras que daban al departamento del guardia, escuché los gemidos de pobres criaturas humanas en verdaderas in pace. Todas esas mazmorras subterráneas están construidas en piedra tallada; por momentos húmedas, ya que el agua de las «fosas» las inunda de manera tal que los pisos están podridos. Cada celda tiene dos aberturas, una para la aireación y la otra con una tapa solidamente cerrada para pasar los alimentos a los prisioneros. Los

⁸ En Aix-la-Chapelle, así como en muchas otras ciudades alemanas, a los condenados se los notifica de la ejecución sólo tres días antes de la fecha en que se llevará a cabo. Los asiste permanentemente un capellán y pueden elegir la comida que deseen.

enfermos permanecen encerrados en una celda más grande. Mirando el interior, alumbrado con una vela, descubrí una estufa y pensé con un cierto asombro que los hombres que fueron capaces de construir tanto horror tuvieron un pequeño rasgo de humanidad.

Las celdas de la nueva prisión son alojamientos miserables mucho más vergonzosos. Encerrar allí, a los hombres supera cualquier entendimiento, salvo querer condenarlos a una locura irreparable. Mientras descendía las escaleras de ese infierno, escuché violentas quejas de esa pobre gente. Una mujer que, según me dijeron, sufría ese suplicio desde hacía cuarenta y siete años, había, sin embargo, conservado la razón, de lo que pude darme cuenta al hablar con ella.

Los gritos de sufrimiento que salían de la sala de torturas podían oírse desde el exterior, los guardias, no obstante, impedían a los transeúntes detenerse para escuchar⁹.

Obligatoriamente deben estar presentes en el momento de las torturas, un médico y un cirujano; cuando suena la campana, el guardia lleva vino, vinagre y agua para reanimar a los torturados. *«La misericordia hacia los malos no impide la crueldad»* Como en la Inquisición española, el médico y el cirujano sólo intervienen para interrumpir las torturas en casos de extrema necesidad¹⁰. Agregaré que en esta prisión existen piezas reservadas a los prisioneros «en pensión», es decir encerrados por los magistrados por pedido de sus familiares, tutores o conocidos. Esta horrible práctica es común también en otros países.

La prisión tenía noventa prisioneros. Se apilan en cuatro salas y trabajan en la fabricación de uniformes para el ejército. Los contra maestros competentes viven en el lugar; enseñan a los prisioneros a clasificar, cardar, hilar, retorcer y tejer la lana. Los detenidos no llevan hierros, duermen en camas separadas y comen un buen pan de centeno, además de carne y dos cuartos de cerveza cada uno, tres veces por semana y sopa todos los demás días.

El capellán, que vive en el lugar, me hizo el honor de acompañarme en mi visita por los talleres, los dormitorios y el comedor. Me dio su opinión acerca de lo que él pensaba, del verdadero fin de la institución, decía que la casa no había sido construida para ese fin. Concordó conmigo que el encierro solitario debe aplicarse a los recién llegados que se muestran violentos e indisciplinados. *«Cuatro o cinco días de ese tratamiento, me confió, es suficiente para convertirlos en corderos»*

⁹ El autor de la «History of the Inquisition ay Goa», escribió en su capítulo 23: *«Durante el mes de noviembre y de diciembre, escuché, todas las mañanas, los gemidos de los que estaban torturando. El método era tan cruel que pude ver varios torturados, de ambos sexos, realmente tullidos. El tribunal no tiene en cuenta ni la edad, ni el sexo, ni la condición de los acusados, sólo le interesan las confesiones»*

¹⁰ Ver la traducción de Chandler de la «History on the Inquisition» de Limborch, volumen II, pág. 222